

Adios a mis molinos



Cuando se cruza la Mancha, indudablemente, si es por vez primera, uno va pensando en los molinos. Tal vez hablando de ellos. O callando de ellos, es decir, pensando, pero sin poder hablar. Juega mucho esta expectativa, esta sorpresa, que va a llegar, en este mutismo. Sin pensarlo, como si descubriéramos ya ese mundo, se rompe en un grito, que es un hallazgo, es la página viva de Cervantes, que aquí la tenemos, en la construcción devaluada ante la actualidad, revalorizada ante los ojos de las estrellas. El acercamiento a un mundo pasado. Hay que parar el coche, casi se para el corazón.

Amigo, la Mancha. Estamos en la Mancha. Entre los molinos nos creemos héroes. Nos impone acercarnos a ellos, que tantas veces los vimos retratados, pintados. Miro para las plantas que tienen a su vera, mientras juegan con la brisa, cabalgando por el aire los colores de sus flores. Me acerco a su blancura que me endulza cual si fuera de confitería. Me imponen sus aspás y su cañamazo que se estremece. Estoy estático ante este molino de la Mancha que me achica con su presencia, que me eleva a la intimidad de lo sublime. Lo palpo. Doy una vuelta a su alrededor, miro para su caperu-

za, para su ventanillo, para su puerta. Veo otros, pero lejos, alineados. Me siento español. Quisiera leer a su sombra «El Quijote», mas me conformo con esta panorámica, con forcejear su entrada, en ese anhelo de vivir su interior.

—¿No se podrá abrir?

Vienen en mi ayuda. Da la sensación de que queremos hacer un asalto a la luz rendida de la tarde.

—Está cerrado. No hay nada que hacer —insisten mis amigos.

—Amigos —les dije gritando, aspando los brazos imitando a mi molino—, que no sois capaces de albergarme en este palacio, en el que quería moler mis granadas ilusiones. Amigos míos, vayamos a otro. Mirad aquel...

A las plantas del encontrado molino, inmóvil, serio, blanco, quedara aquella escena. La Mancha ponía un ensueño, casas bajas, blancas, lejanas, mientras mis amigos se reían de mí.

La tarde caía, pero aún era larga, podía competir aún con la llanura. Como ella, tenía infinitas gracias. Borriquillos difuminados en el horizonte, surcos de lejanía, plantaciones verdes, solitarios terrones. Para todos les decía yo, con mis manos y con mi alma, un inolvidable saludo:

—Adiós, adiós.

Luis Romay G. Arias